

RECUERDOS DE TOLEDO,

SACADOS DE LAS OBRAS

DE

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

---

1869.



Al Sr. D. José Ferron,

simultra de buena amistad

El autor

**RECUERDOS DE TOLEDO.**

## OBRAS DEL MISMO AUTOR.

### JURÍDICAS.

- Comentario á la ley provisional para la aplicación del Código penal vigente.**—  
Madrid: 1849.
- Manual de evaluaciones**, ó reglas para fijar el producto de la riqueza sujeta á la contribucion territorial.—Toledo: 1850.
- Cuadro sinóptico para uso del papel sellado en los Juzgados de paz del reino.**—  
Madrid: 1865.

### POÉTICAS.

- Entretencimientos cristianos para los niños.** Diurno poético en minjatura.—  
Toledo: 1851. Primera y segunda edicion.
- Las Parábolas.** Libro de lectura diaria para mis hijos.—Madrid: 1853, primera edicion.—Sevilla: 1856, segunda edicion.
- Dos coronas poéticas**, ó sea las dos obritas anteriores reunidas.—Madrid: 1863. Nueva edicion aumentada.
- La leyenda del Cristo de la Luz.**—Toledo: 1867.

### HISTÓRICAS.

- Historia de la ciudad de Toledo**, sus claros varones y monumentos.—  
Toledo: 1862.
- Los Cigarrales de Toledo.** Recreacion literaria sobre su historia, riqueza y poblacion.—Toledo: 1857.
- Monografía sobre las antiguas ordenanzas de Toledo.**—Toledo: 1858.
- Relacion de las fiestas y regocijos públicos que en la ciudad de Toledo se celebraron para solemnizar el natalicio de la princesa de Asturias y el restablecimiento de S. M. la Reina Doña Isabel II.**—Toledo: 1862.
- Aguas potables de Toledo.** Monografía histórica y descriptiva de los proyectos realizados ó simplemente concebidos sobre este servicio público, desde los tiempos más remotos hasta nuestros días.—Suspensa la publicacion hasta que se conozca bien el proyecto que se está realizando.

*Se hallan de venta en Toledo, en la librería de Fando, Comercio, 31.*

# RECUERDOS DE TOLEDO,

sacados de las obras

DE

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

---

## CARTA A M. DROAP,

MISTERIOSO CORRESPONSAL EN ESPAÑA DEL MUY HONORABLE DOCTOR

E. W. THEBUSSEM, BARON DE THIRMENTH, SS. TT.

por

D. ANTONIO MARTIN GAMERO,

Cronista de la ciudad,

Individuo correspondiente de las Academias Española y de la Historia, etc.

---

TOLEDO.

**IMPRENTA DE FANDO É HIJO**

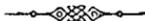
*calle del Comercio, n.º 31.*

---

1869

*Propiedad del autor*

# RECUERDOS DE TOLEDO.



## CARTA Á M. DROAP.

---

Sepa usted, amigo mío, por si lo ignora, que soy aficionado á leer aunque sean los papeles rotos de las calles, como el autor favorito que le trae á usted enamorado hasta la médula de los huesos.

Sin escribirle ni una palabra más, ya comprenderá usted con qué placer tan grande habré saboreado en poco tiempo sus preciosas SIETE CARTAS SOBRE CERVANTES Y EL QUOTE, dirigidas, si no media aquí algun *embuste* ó *mentira* inocente, al sábio Doctor Thebussem, el cervantófilo aleman poseedor del castillo de Thirmenth, en Wurztbourg, donde ha hecho usted correr la fama de que existe, atesorada durante tres generaciones sucesivas, una copiosa y selecta coleccion de las obras escritas ó mencionadas por el inmortal manco de Lepanto, por el ingenio de los ingenios, regocijo de las musas y asombro del mundo.

Con decirle á usted esto, no le digo nada, si no añado, y perdone usted la franqueza, que echo de ménos en

sus DROAPIANAS una mencion, siquiera un seminimo recuerdo de la patria de Garcilaso, á la cual, como no fuera sobre todo engracamiento célebre por sus antiguos timbres, harianla famosísima LA GALATEA, LA FUERZA DE LA SANGRE, LA ILUSTRE FREGONA y DON QUIJOTE DE LA MANCHA.

No será ciertamente porque usted ignore que Cervantes vivió largas temporadas en Toledo, de lo que nos suministran elocuentes testimonios sus propios libros. Tan arraigada está la tradicion de su residencia entre nosotros, que hasta el sesudo Navarrete, glosando unos mal entendidos versos de la LETANIA MORAL de Claramonte, en cuyo indice se le llama *dignísimo poeta español*, y páre usted de contar, despues de haber leído en el texto, cuando se invoca á Santa Leocadia,

que al son  
del Tajo en arenas de oro,  
un CERVANTES y un CHACON  
vierten del pico sonoro  
dulzura y admiracion,

supone hecho al primero de un golpe hijo de nuestra ciudad por el místico murciano.

Verdad es que en este punto merece escaso crédito quien á vuela-pluma confunde al licenciado Martin Chacon, *dulcísimo poeta* lírico y cómico, jurado y familiar del Santo Oficio de Toledo, á que se refiere sin duda Claramonte en el segundo, con otro toledano llamado Pedro Chacon, humanista y teólogo, no poeta, que ausente de su patria muchos años, murió en Roma el de 1581 á la sombra del favor pontificio de Grego-

rio XIII. El bueno de D. Martin Navarrete, al lanzar la noticia, ó padecia modorra, ó leyó la LETANIA á la ligera, sin penetrar su espíritu.

Conste de cualquier modo que ningun paisano mio, y no se estime por tal á Tamayo de Vargas, que hace al *ingenio lego natural de Esquivias*, ha disputado á Alcalá la gloria de haber dado el sér al infortunado cautivo del arraez Dali Mami; contentándonos todos con que tampoco se dispute que compartió sus dias, señaladamente despues de rescatado, sin mencionar otras poblaciones ménos principales, entre Madrid, Sevilla, Valladolid y Toledo.

Atribuyo, pues, el silencio de usted, que tiene aprendidas de coro todas estas cosas y muchas más, al poco ruido que metemos los toledanos; á que aquí no se levanta con frecuencia ninguna voz que mantenga vivo el entusiasmo por el insigne escritor alcalaino, y ni pronunciamos sus elogios póstumos en los templos, ni celebramos sus aniversarios en la escena.

Sóbrale á usted razon, si tal es la causa, de condenarnos á perpetuo olvido. Nuestra negra ingratitud merecia aún mayor pena. Quien puso á nuestro servicio su gallarda pluma, y nos consagró los mejores frutos de su rica inventiva, y nos honró con sus sinceros parabienes, debia poseer en este pueblo, no un monumento profano, un altar donde se quemaran inciensos de constante admiracion á su buena memoria.

Muy grata, sin embargo, la conservamos, y la conservaremos siempre, los que hemos dado en la manía de soñar despiertos al arrullo de los grandes recuerdos de toda índole que encierra el recinto de la ex-córté

wisigoda. Porque Cervantes, cantando la hermosura y casta inocencia de nuestras damas, la bizarría y nobleza de nuestros hidalgos, ó la discrecion y sabiduria de nuestros ingenios; describiendo nuestras costumbres en el periodo de la decadencia, que alcanzó, y haciendo salir de nuestras sederías la rara obra del celeberrimo Cide Hamete Benengeli, sin ser hijo de Toledo, se constituyó en poeta, pintor é historiador de la imperial ciudad de los Alfonsos y Padillas; hizo más que los Alcoceres, los Pisas y los Condes de Mora; retrató con los individuos las clases, y nos dejó en varios trozos, que nadie se cuidó de unir hasta hoy, el cuadro completo de la sociedad de su época.

No se ha averiguado todavía, en medio de todo, por cuál hay que empezar á contarle entre los habitantes de Toledo. Para llenar el vacío, tentado estoy á sospechar que siendo muy jóven ya paseó las calles de esta poblacion, donde acaso vió por primera vez, y no en Segovia, Madrid ni Sevilla, representar al gran Lope de Rueda, cuando frisaba él en los catorce años, hácia el de 1561 en que, segun revelan los archivos de la Obra y Fábrica de la Catedral, recibió aquel farsante cierta suma á cuenta del precio concertado por la fiesta de los autos del Corpus. Quizás alude á esto el propio Cervantes en el prólogo de sus COMEDIAS, al decir que como era *muchacho entonces* no pudo hacer juicio de la bondad de los versos de Rueda, que se le quedaron en la memoria.

El campo de las conjeturas no tiene puertas ni cotos, y así éntrome tambien por él á presumir si asistiría en 1587 á la traslacion del cuerpo de Santa Leocadia, virgen y mártir, á Toledo desde el monasterio

de San Gislén en Flandes. Fueron tantas y tan concurridas las fiestas que con tal motivo se celebraron, que de gente de todo el reino, y hasta de extranjeras ciudades, se llenó la nuestra para presenciarlas.

No es esto lo que me lo hace presumir únicamente, sino que entre los regocijos preparados hubo certámenes poéticos, y el hidalgo de Alcalá, que

desde su tiernos años amó el arte  
dulce de la agradable poesía,

procurando siempre complacer á Apolo, no dejaría tal vez de acudir á disputar el precio en semejantes justas literarias, cuyas composiciones existen, bien que sin los nombres de los poetas que las escribieron, aunque parece le quiso indicar como uno de ellos el referido Claramonte, mencionándole con Chacon, al apostrofar á los clarísimos varones que consagraban su estro á nuestra patrona en las riberas del Tajo.

Da algun cuerpo á mi presuncion la circunstancia de haberse detenido una noche las reliquias de la Santa en Esquivias, lo cual ocasionó que todo el pueblo en masa las acompañase el dia siguiente á la capital, como escribe el jesuita Miguel Hernandez, comisionado para la traslacion; siendo casi inverosimil que Cervantes, tan amigo de estas cosas, puesto que á la sazón estaba avecindado en aquel pueblo con su mujer Doña Catalina de Palacios Salazar y Vozmediano, no tomara parte en el cortejo.

Dejémonos, sin embargo, de suposiciones más ó ménos fundadas, que no podrán suministrarnos gran luz en el asunto. Tengamos sólo por cierto, que el ilustre

manumiso de Azan, apenas obtenida la libertad, por la que tantos sinsabores devoró durante su cautiverio en Argel, y despues de haber remojado sus laureles de Lepanto en las aguas de las islas Terceras, al término de quince años de vicisitudes y adversidades, vino á fijar temporalmente su domicilio en esta comarca.

¿Qué causas le arrastraron á morar entre nosotros? Su vida y sus obras las denuncian claramente.

La afición á las letras, el amor y el hambre,—sí, el hambre, digna corona del martirio que el mundo ingrato preparó á aquella alma de bronce, á aquel génio sin segundo, en premio á sus sacrificios y sus talentos,—le sujetaron con cadena inquebrantable á los sagrados muros de la ciudad de Wamba. Aquí escribe sus mejores novelas, quizás gran parte de la primera del Quijote. Aquí el destino le prepara una compañera cariñosa, que enlaza su suerte á sus desgracias. Aquí, en fin, le sale al camino quien ampara su miseria contra los tiros de la mala fortuna.

¡Cómo ha de extrañarse verle unido en íntimo abrazo con nuestros principales ingenios! ¡Cuán natural nos parece su candor de niño, cuando recorre nuestros floridos campos, detrás de las hermosas zagalas que los habitan, requiriéndolas de amores y entablando dulces coloquios con la señora de sus pensamientos! ¡Qué honda resuena en su pecho la gratitud, al tener que hablar del pueblo en que encontró amigos leales, esposa fiel y generosos protectores!

Cervantes se identificó con nosotros más que con su misma patria. Seguramente Alcalá no le debe tanto como Toledo.

Si, cruzando los mares con fogosa fantasía, emprende  
UN VIAJE AL PARNASO, carga en su bagel

cuantos poetas  
hay desde el claro Tajo hasta el Pactolo,

y hace que el monarca, de aquel olimpo encantador  
salude cortesmente á los escogidos

en propio, *toledano* y buen romance,

como para indicar que Toledo aun conservaba puro en  
su tiempo el *metro de la lengua castellana*, que le regaló  
su hijo Alfonso el Sábio en el siglo XIII.

Luego encomia á Garcilaso, Valdivielso y Medi-  
nilla, callando los nombres y méritos de otros mu-  
chos, ó por no ofender su modestia, ó porque, hecha  
excepcion de sus buénos amigos Blasco de Garay y Lope  
Maldonado, ya habia dicho en el CANTO DE CALIOPE :

Del claro Tajo la ribera hermosa  
Adornan mil espíritus divinos,  
Que hacen nuestra edad más venturosa  
Que aquella de los griegos y latinos;  
De ellos pienso *decir solo una cosa*,  
Que son de vuestro valle y honra dinos  
Tanto cuanto sus obras nos lo muestran,  
Que al camino del cielo nos adiestran.

El riesgo de olvidar á alguno impidióle tal vez mencio-  
nar á tantos, y quedaron todos por igual con pretericion  
tan honrosa.

¡Quién sabe si, descartada la turbamulta de poetas  
*churrulleros* y *zarabandos* ó de la llamada secta almidona-  
da, fué su intencion elogiar únicamente á los que al

*camino del cielo nos aliestran*, á los místicos y doctrinales; géneros, dicho sea de pasada, que cultivaron los toledanos con preferencia desde el siglo XV al XVII, desde el DIÁLOGO ENTRE EL AMOR Y UN VIEJO de Rodrigo Cota de Maguaque hasta la LIMPIA CONCEPCION de Baltasar Elisio de Medinilla!

Antójaseme, por otra parte, que el ingenio lego, respetando añejas preocupaciones, pretendió aludir con su estudiado silencio á cierta clase sagrada, en la cual podía correr algun peligro la vulgarizacion de los nombres propios barajados con invenciones de mundo. Una punta del velo de este arcano le levanta aquel sabio canónigo de Toledo que se introduce en el QUIJOTE á punto crudo en que le conducen á su lugar encantado dentro de la jaula, é informado de la vida, condicion y locuras del héroe manchego, prorumpe, dirigiéndose al cura, en una leccion elocuente contra las fábulas milésias y en pró de las apólogas; declarando que tuvo tentacion de hacer un libro de caballerías, tal como él le describe, y que tenia escritas más de cien hojas, labor á que habia dado de mano por parecerle *cosa agena de su profesion*.

Este canónigo para mí es la representacion de su clase y estado en nuestra ciudad á la época del Quijote. El clero toledano encerraba en la oscuridad de sus cabildos y sus claústros la más brillante pléyade de escritores doctrinales y místicos, que dejaron anónimos la musa Caliope y el *quidam caporal italiano*, al enumerar los ingenios de nuestra tierra. Largo catálogo podria yo poner aquí, para suplirles, de poetas de sotana, togados de bonete y de muceta, que ocultaban el bulto por

miedo ó por melindre, como escribe el mismo Cervantes.

Mas no tema usted que abandone mi propósito, pues permanezco á pié firme sobre el terreno que este insigne génio recorrió, al prodigar sin medida alabanzas, siempre que se le deparó ocasion propicia, á las buenas letras y excelente juicio de los toledanos; llevándole su cariño al extremo de concederles jurisdiccion de alzada contra los fallos del teatro de la córte. Y si no recuerde usted aquello de la ADJUNTA AL PARNASO: «Créame vuesa merced, las comedias tienen dias como algunas mujeres hermosas; comedia he visto yo apedreada en Madrid que la han laureado en Toledo.» ¿Si seria alguna de las suyas, pan de trastrigo que, exceptuando el representante y poeta Pedro de Morales, asilo donde se reparaba su ventura, no buscaba la gente de la carátula, por tener sus poetas paniaguados ó mantenidos á pan y agua como mozos de acarreo?

Tantas honras al por mayor dispensadas á los hijos de la ciudad imperial, debieron imprimir cierto sello autográfico á las obras cervánticas. El escritor, muchas veces sin advertirlo, siente con todo lo que le rodea; se inspira en la pura fuente de hechos que le son comunes, y retrata las cosas y las personas que tiene á la vista. En esto consiste precisamente la bondad de sus cuadros. Quanto más se aproximen á la realidad, copiándola ó imitándola, tanto más serán bellos y agradables. No hay belleza donde no hay verdad. El génio que se divorcia de la naturaleza, sólo produce monstruos como el *Polifemo* de Góngora, ó aberraciones como el *Trasparente* de Narciso Tomé.

Cervantes debió al cielo corazon sano y cabeza se-

gura, no tocada de demencia, y cuanto escribió fué un símbolo, un geroglífico de su vida y sus desgracias, de sus aficiones y sus estudios. De él puede con razon decirse, que tenia el alma en la punta de la pluma, y su historia escrita en todos sus libros.

Apenas salido del cautiverio, vuelto á la madre patria, asienta sus reales en las riberas del Tajo. Entonces recorríanlas en dulce consorcio, ó compartian alli desde lejos su amistad con el soldado de Lepanto, escritores tan afamados como Francisco de Figueroa, Pedro Laínez, Luis Galvez de Montalvo, Luis Barahona de Soto, Alonso de Ercilla y Micer Andrés Rey de Artieda. Entonces tambien una familia, á la cual le ligaban vínculos de estrecha relacion con la suya, y que visitaba frecuentemente á Toledo para dar salida á los frutós de su acreditada bodega en el callejon llamado de Esquivias ó del Vino junto al Horno de los Bizcochos, contaba entre sus miembros cierta doncella de tan alto y subido entendimiento, que las discretas damas en los reales palacios crecidas y al trato de la córte acostumbradas, considerábanse dichosas de parecerla en algo, así en la discrecion como en la hermosura, con gozar esta ciudad la fama de tener las mujeres más discretas y hermosas de España. El hidalgo complutense puso en ella los ojos y la hizo señora de su corazon, con tal empeño, que ni le acobardó el que su padre habia formado de enlazarla á un caballero portugués de gran fortuna, ni la lucha que sostuvo para vencer sus desdenes. Los amigos y su propio ingenio le ayudaron en tan difícil empresa, y al cabo el triunfo coronó todos sus esfuerzos.

No hay quien desconozca este episodio de la vida de nuestro héroe, que se remonta á los años 1583; pero si alguno desca admirarle reproducido en cuadro animado, bajo la alegoría de una fábula pastoral, imitación de las de Sannázaro ó de los autores de la *Diana enamorada* y de *El Pastor de Filida*, abra LA GALATEA, que en esta égloga verá moverse cuantas figuras ocupan la fantasía y el pensamiento del poeta, alrededor de los objetos que seducen su ánimo de continuo.

Galatea es la doncella gentil á quien Elicio quiere consagrar sus días para siempre. Ella y él son retratos al natural de aquellas dos almas singulares que, unidas al fin con el indisoluble lazo del amor, recorren el camino de la vida, apoyada la una en la otra, más ricas de esperanzas que de bienes temporales, y despues de haber dado envidiables ejemplos de virtud y resignacion en la tierra, vuelan al cielo casi ignoradas, dejando al mundo una herencia de lágrimas estériles y tardías.

Contemplad en los pastores Tirsi, Damon, Siralvo, Lauso, Larsileo y Artidoro otras tantas figuras anagramáticas de los amigos mencionados arriba; sin que os olvideis de notar la honra póstuma que todos rinden en concertados acentos á la tumba oscura, rodeada de cipreses y rosales en lo más oculto de nuestros montes: donde se finge que descansan las cenizas del nombrado pastor Meliso (D. Diego Hurtado de Mendoza, conde de Mérito), honor y gloria de estas riberas, si no nacido en ellas, como presumió Tamayo.

Y cuando despues os aguijonee la curiosidad de conocer el teatro en que se desenvuelve la accion de la

fábula, y representan su papel cada uno de los actores ya nominados, con otros que llevan una máscara impenetrable, venid conmigo y recorreremos el fértil *valle de los cipreses*; templaremos el calor de nuestros rostros en el fresquísimo *arroyo de las palmas*, ó descansaremos á la sombra de los sauces nacidos al borde de la bulliciosa *fuelle de las pizarras*; por decirlo de una vez, pasaremos juntos, trepando hácia los ásperos montes que circuyen á Toledo desde la Rosa hasta San Bernardo, deteniéndonos en Val de Colomba y Monte Sion, á cuyo pié corren las purísimas aguas de los Jacintos.

«La tierra que abraza todo este terreno, según la describe Elicio, vestida de mil verdes ornamentos, parece que hace fiestas y se alegra de poseer en sí un don tan raro y agradable, y el dorado río como en cambio en los abrazos della dulcemente entretegiéndose, forma como de industria mil entradas y salidas, que á cualquiera que las mira, llenan el alma de placer maravilloso; de donde nace, que aunque los ojos tornen de nuevo muchas veces á mirarle, no por eso dejan de hallar en él cosas que les causen nuevo placer y nueva maravilla.»

«Volvedlos, y mirad cuánto adornan sus riberas las muchas aldeas y ricas caserías que por ellas se ven fundadas. Aquí se ve en cualquier sazón del año andar la risueña Primavera con la hermosa Venus en hábito sucinto y amoroso, y Céfiro que la acompaña, con la madre Flora delante, esparciendo á manos llenas varias y odoríferas flores; y la industria de sus moradores ha hecho tanto, que la naturaleza encorpo-

rada con el arte es hecha artifice y connatural del arte, y de entrambas á dos se ha hecho una terciã naturaleza, á la qual no sabré dar nombre. De sus cultivados jardines, con quien los huertos Hespérides y de Alcino pueden callar; de los espesos bosques, de los pacíficos olivos, verdes laureles y acopados mirtos; de sus abundosos pastos, alegres valles y vestidos collados, no se espere que yo diga más sino que si en alguna parte de la tierra los campos Eliseos tienen asiento, es sin duda en está. ¿Qué diré de la industria de las altas ruedas, con cuyo continuo movimiento sacan las aguas del profundo rio, y humedecen abundantamente las eras que por largo espacio están apartadas?»

No diré más, porque todo está dicho, y dicho con gracia, con verdad y galanura, en esa novela, primicias del ingenio de Cervantes. Nuestros montes, nuestras industrias, nuestras árabes azudas, el curso vario y jugueton del Tajo, y el aspecto y la riqueza de los famosos Cigarrales, allí están copiados con las más brillantes tintas. Coronada de tan pintoresco paisaje, de decoracion tan rica y nueva, se halla la fábula, que se desarrolla al calor de una costumbre muy antigua en Toledo,—la de habitar los caserios cercanos á la ciudad algunas estaciones del año las familias principales y los hombres de letras. Mariana, Rojas, Lope de Vega, Medinilla y el maestro Tirso nos dejaron de esta costumbre recuerdos sobremanera notables. El autor del Quijote no quiso ser ménos, y unió tambien su nombre, con el de su esposa y sus amigos, al número de los encomiadores de nuestros campos.

LA GALATEA contiene, pues, una gráfica descripción de los alrededores ó afueras de Toledo.

Ahora penetre usted conmigo dentro de muros, para recoger con atenta observación tradiciones que se pierden, hábitos que no se reparan, tipos que aún se conservan.

Por los tiempos de Cervantes vivía en nuestra ciudad la ilustre descendencia de una familia noble, cuyos antepasados jugaron su honor en una historia de licenciosas aventuras. Cierta noche de las calorosas del verano, la hora las once, volvían de paseo despacio, «por no pagar con cansancio la pensión que traen consigo las holguras que en el río ó en la vega se toman,» un anciano hidalgo, su muger, un niño pequeño, una hija de diez y seis años y una criada. Salióles al encuentro casualmente un caballero, como de veintidos años de edad, en compañía de cuatro amigos, todos mozos, alegres é insolentes, quienes recatándose el rostro, empezaron por dirigir requiebros á la jóven con deshonesta desenvoltura, y concluyeron por contribuir á que el caballero, cegado repentinamente del deseo más brutal, consumara un rapto, sin que el dolor ni las voces de los ofendidos se lo impidiesen. La víctima de tan escandaloso atrevimiento, conducida desmayada en brazos del raptor al cuarto retirado que éste ocupaba en el hogar paterno, halló allí el sepulcro de su honra. Vuelta á la razón, pudo lograr que se la llevase hasta la plaza de Ayuntamiento, desde donde ya por sí se encaminó á su casa que estaba próxima. Concíbese que los padres la recibirían llenos de ansiedad y de lágrimas: ella contó lo que la había pasado, las señas

que habia recogido, y fiando á Dios el remedio de sus males, quedó impune tan infame atentado. El criminal corrió despues en busca de nuevas aventuras á Italia; la desgraciada doncella fué á poco tiempo madre de un hermoso niño, que se crió con prudente secreto, y nadie por el pronto conoció ni el menor detalle de este infortunio.

El cielo en tanto preparaba á Leocadia y Rodolfo, nombres que atribuye Cervantes á las dos figuras principales del suceso, la solucion más honrosa que pedia el caso. Con aplauso y admiracion de cuantos le veian, el niño creció hasta los siete años de edad, y un dia, como acertase á pasar por una calle *donde habia carrera de caballos*, y se parase á mirar, tuvo la desgracia de que le atropellase uno, á cuyo dueño no le habia sido posible detenerle en la furia de su carrera. «Apenas esto hubo sucedido, cuando un caballero anciano que le estaba mirando, con no vista ligereza se arrojó de su caballo, y fué donde estaba el niño, y quitándole de los brazos de uno que ya le tenia, le pone en los suyos, y sin tener cuenta con sus canas ni con su autoridad, que era mucha, á paso largo se fué á su casa, ordenando á sus criados que le dejasen y fuesen á buscar un cirujano que al niño curase.» Allí en efecto curó, permaneciendo muchos dias asistido por la familia del generoso protector y por la madre del mismo niño.

Una simpatia poderosa é irresistible, que se siente pero no se explica, movió el corazon de aquel venerable anciano, comunicándole el vigor que le era preciso para trasportar tan preciosa carga en sus débiles brazos. Dios habia puesto en ellos al hijo de su hijo, pues el

niño atropellado era el fruto de la liviandad y atrevimiento de Rodolfo. Su singular parecido con éste; las explicaciones de su madre; las señas que suministró, y un crucifijo de plata que tomara con previsora cautela del teatro de su deshonra, echaron el sello á todas las dudas, desvanecieron todos los escrúpulos, viniendo un casamiento bien concertado, como reparacion, á dar á las dos familias del ofensor y de la ofendida la satisfaccion más completa, permitido todo por el cielo y por LA FUERZA DE LA SANGRE que vió derramada en el suelo el valeroso, ilustre y cristiano abuelo de Luisico, nombre del niño afortunado.

¡Bellísima tradicion, que recreó el espíritu y calentó la fantasía de Cervantes, para que nos legara en una novela verdaderamente ejemplar el boceto de las costumbres caballerescas que se mantenian á los últimos crepúsculos de la edad media en Toledo! El crimen que sirve de sombra al cuadro realza más sus primores. No le presenta el autor como caso comun, sino como excepcion de la regla ordinaria, procurando discretamente acomodarle «con la seguridad que promete la mucha justicia y bien inclinada gente de aquella ciudad.»

Esto no priva al escritor alegre, dado á recorrer por estudio los lugares donde se recibian grados de la enseñanza de picaro, el llevarnos en seguida al mercado de bestias toledano, pará que revistemos entre las filas de la hampa á los cicateruelos de Zocodover, aprendices de las almadrabas de Zahara, finibusterre de la picaresca. Esto tampoco le impide ponernos en trato con los azacanes ó aguadores de Toledo, gente que por un quitame allá ese burro solia entrar fácilmente en pelea,

y á la cual sorprende, ora en la plazuela y cuesta del Cármen, al subir del rio, armando una de mogicones y palos; ora, tendida á la sombra de las azudas de las huertas del Rey, mientras se apacientan sus caballerías, jugando al *rentoy*, aunque sea un asno en cuartos, incluso la cola, de donde nació lo de «*Asturiano, daca la cola, daca la cola, asturiano.*» Esto, por fin, no le estorba el presentarnos de frente á los ladrones y tahures que ejercian de ordinario su mal oficio en las Ventillas, sitio que Cervantes se propone hacer célebre, ó mostrar que ya lo era tanto como el compás de Sevilla, el potro de Córdoba y los percheles de Málaga, pues hasta en su comedia *EL RUFIAN DICHO*, hablando de éste, dice uno de los interlocutores:

Y en Toledo, en las Ventillas  
 Con siete terciopeleros,  
 Él hecho zaque, ellos cueros,  
 Le vide hacer maravillas.  
 ¡Qué de capas ví á sus piés!  
 ¡Qué de broqueles rajados!  
 ¡Qué de cascós abollados!  
 Hirió á cuatro, huyeron tres.

Pero cuando el ingenio de nuestro autor está más en punto, es al describir las rondallas y serenatas de los amantes; los bailes de candilejo ó á la luz de la luna en las puertas de las posadas, donde los mozos de mulas y las heroínas del estropajo lucian su desenvoltura y desvergüenza en la chacona, las zarabandas y las folías al uso, desechando el *contrapás* como baile extranjero que sólo se veía en las comedias, y por último las ridículas costumbres de fines del siglo XVI,

entre las cuales pone en grotesco relieve las recomendaciones á las autoridades y personas de rango.

Con todas estas pinturas de género, miniaturas ó cuadros de cuerpo entero, puede formarse una rica galería, en que abunda, más que ninguna otra de las novelas cervánticas, LA ILUSTRE FREGONA; composición ideada al parecer para que, así como LA FUERZA DE LA SANGRE recomienda y encarece la hidalguía y caballerosidad de los nobles, en ella se reparen los instintos y malos hábitos de las últimas capas de la sociedad por aquellos días.

Su objeto final está muy á la superficie.

No se apreciará jamás lo bastante el interés que nuestro insigne huésped mostró por retratar á la chusma, puesta siempre la mira en el blanco de su corrección y enmienda de los vicios más groseros. Dos ejemplos, entre varios, pueden ofrecerse para probar que ningun respeto humano ahogó en este punto la voz de su conciencia.

A las primeras páginas del QUIJOTE ya tropezamos con la célebre Tolosa, moza del partido, hija de un remendon natural de Toledo, que vivía en las Tendillas de Sancho Bienaya, á la cual encontró el famoso hidalgo en la venta con unos arrieros que iban de paso á Sevilla, y la hizo ceñirle la espada en el acto de armarse caballero. La repugnante figura de ese tipo, que por las señas parece copia, es la condenación de todos los de su especie.

Pasando más adelante, nos salen al encuentro tres individuos de la Santa Hermandad vieja, institución puramente toledana de los tiempos del Santo Fer-

nando III, tan degenerada en los del lisiado de Lepanto, que por boca agena se atreve á llamarlos «ladrones en cuadrilla, que no cuadrilleros, salteadores de caminos con licencia de la Santa Hermandad»; y eso que llevaban mandamiento escrito de esta para prender al loco que habia dado libertad á los galeotes. Con referir que hasta el venetero era del oficio y tenia armas para ejercerle, Cervantes da el golpe de gracia á aquella institucion, cuyas demasías me recuerdan ahora un dicho epigramático de Cárlos III.

Cuentan que viniendo este rey con su corte á nuestra ciudad, le salieron á recibir, segun costumbre, los cuadrilleros de la Santa, y que al ver su raro uniforme, preguntó para qué servia aquella tropa. Señor, le contestaron, para perseguir malhechores en los caminos. Y ¿quién les persigue á ellos? replicó el soberano, sin duda no muy prendado de su porte marcial y mala facha.

Con todo, no vaya á creerse que Toledo sólo ofrecia á la imaginacion del mónstruo de ingenio asuntos donde clavar la poderosa garra de la crítica. Aquel pintor de costumbres copiaba los lunares lo mismo que las bellezas que le salian al paso: más detenía su pincel en estas que en aquellos, es verdad; pero no los olvidaba para acreditar su imparcialidad y la rectitud de sus intenciones.

Despues de pintar á la gente maleante y perdida, todavia le quedaron colores en su paleta, que gastó con épica entonacion en PERSILES Y SIGISMUNDA, apostrofando á Toledo «peñascosa pesadumbre, gloria de España y luz de sus ciudades, en cuyo seno han estado

guardadas por infinitos siglos las reliquias de los valientes godos para volver á resucitar su muerta gloria, y ser claro espejo y depósito de católicas ceremonias.» Este período encierra, al par que merecida alabanza, el resúmen más elocuente de nuestra historia civil y religiosa. En él quiso Cervantes elogiar el celebrado valor de los wisigodos; su resignacion bajo el dominio de los hijos de Mahoma; las victorias de la restauracion, y el inestimable lote que nos cupo en suerte á la reconquista con la conservacion del rito isidoriano, que los mozárabes mantuvieron puro y nos han transmitido incólume hasta los presentes tiempos.

Muchos pueblos que habian ocupado un punto principal en el mapa histórico de España, pasado el siglo XVI, para desquitarse de la pérdida de su antigua influencia ó para realzar su importancia, tenian á gala formar un catálogo más ó ménos numeroso de sus cosas célebres. Como tales figuraban en el CRONICON ALBEDENSE la *disciplina atque sciencia de Toletó*; algun romance popular ensalzó tambien, al lado del rollo de Villalon, la primitiva campana grande de nuestra iglesia; y Cervantes, no hablando de esta, por ser objeto pueril de comun valer ó por estar inútil en su tiempo, y callando sobre lo demás, porque hartó dijo de ello en todas sus obras, se limitó á encomiar el temple y nombradía de nuestras armas blancas, con alusion acaso á los célebres espaderos toledanos Hortuño de Aguirre, Julian del Rey ó *del perrillo*, Sahagun el Viejo, Menchaca y Juanes de la Horta; celebró la sin par hermosura de nuestras mujeres, atribuida, segun dice, desde remotas edades á «que tersan y pulen sus rostros con el

licor del siempre rico y dorado Tajo», y entre los frutos de la tierra dió la preferencia á los membrillos que se crian en Azucaica, sobre los abridores armenios y los regalados albaricoques que producen los Cigarrales. Por eso en la primera jornada de LA ENTRETENIDA, formando un proloquio ahora vulgar, exclama:

Sé cierto que decir puedo  
y mil veces referillo:  
*espada, mujer, membrillo*  
*á toda ley, de Toledo.*

Cuando se publicó la primera parte del Quijote aún no había tomado Felipe III la resolución calificada en la segunda de heroica contra el común sentir y justos anatemas de nuestros economistas, nuestros historiadores y hombres de Estado. Aludo á la expulsión de los moriscos de los dominios españoles; y ya adivinará usted que algo se habrá de encontrar en aquella primera parte que nos revele la condición de los mudejares toledanos antes de tan impremeditada medida. Ese algo lo veo resumido en el moro aljamiado que tradujo á Cervantes los cartapacios y papeles viejos que un muchacho llevó á vender por un real á la Alcana de Toledo, y en los cuales se halló la *Historia de Don Quijote de la Mancha escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador arábigo*.

Nótese que no fué difícil encontrar intérprete para tan rara obra, porque entre nuestros moriscos, aunque se buscara de otra mejor y más antigua lengua, se hallara fácilmente; prueba de que eran instruidos ó que procedían de las zonas más apartadas del mundo, siendo descendientes de las razas semíticas que con el

título del *acbál el Yemen*, nacidas en la Arabia feliz, poblaron esta ciudad bajo la dominacion mahometana. Repárese además que se presenta casualmente el morisco aljamiado en la alcana de los sederos, que tenia su entrada á las Cuatro Calles, distinta de la de los especieros, que caia á Santa Justa, como para descubrir que aquella industria, una de las que más fama y riqueza proporcionaron á Toledo, no era ejercida por los de su clase, pobre y desvalida hasta el punto de haberse contentado el traductor, por más de mes y medio de trabajo, con dos arrobas de pasas y dos fanegas de trigo que se le dieron por la version del manuscrito.

Y aqui quiero yo tambien de paso llamar á usted la atencion particularmente sobre otra cosa. La circunstancia de introducir Cervantes á Cide Hamete desde el capitulo noveno de su fábula, me inclina á sospechar si la historia que diz se *enjendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento, y donde todo triste ruido hace su habitacion*, se idearia, y aún empezaria á escribir, como se cree, en Argamasilla, y se continuaria despues en Toledo. Mucho se ocupa el autor en ella de esta ciudad; indicio vehemente de que la tenia no lejos de su pluma.

Dé usted sin embargo á esta sospecha el valor de una mera presuncion, y á mí no me niegue la indulgencia de que estoy quizás abusando, para escribir unos cuantos párrafos más con que terminar mi carta.

Hé de hacerlo, sin detenerme mucho, recordando á la ligera que el hidalgo alcalaino, aparte los sitios y las cosas de Toledo que de propósito encarece en alguno de sus trabajos, estima dignos de visitarse y recomien-

da como famosos, el Sagrario, el Artificio de Janello, las Vistillas de San Agustín, las Huertas del Rey y la Vega. Éranlo efectivamente todos estos sitios en su tiempo; pero de la mayor parte bien pudiera decirse ahora aquello de *quantum mutatus ab illo!* Las Vistillas, paseo precioso en el siglo XVI, hacía el puente de San Martín, sobre los mal titulados baños de la Caba y frente á los Cigarrales, ya no existe: hasta el lugar donde estaba ha sufrido trascendentales variaciones. Del *ingenio* del relojero cremonés no queda otra cosa que el deseo de verle pronto sustituido por una turbina de alta potencia. En las Huertas y en la Vega el arado ha roto con la monótona regularidad de sus líneas el hermoso paisaje poblado de árboles y cañaveras que coronaba las riberas del rio y daba sombra á venerables ruinas. Sólo permanece sin cambio, llenando el templo primado con la luz de sus milagrosos resplandores, la que ha sido y será siempre faro de nuestras esperanzas, consuelo en nuestros infortunios, la divina patrona, objeto del ferviente culto de los toledanos.

Una de las novelas ya citadas contiene además otro recuerdo notabilísimo, para el cual demando á usted algunos momentos de atencion. La escena toda tiene lugar en la conocida *posada del Sevillano*, llamada tiempos despues de *los Peregrinos*, una de las mejores y más frecuentadas que habia en Toledo á la colacion de la parroquia de la Magdalena, en la calle de Santa Fé, por bajo del arco de la Sangre de Cristo, á que debe el nombre que hoy lleva. En aquel meson no daban de comer á nadie, puesto que guisaban y aderezaban lo que los huéspedes llevaban de fuera comprado,

pero bodegones y casas de estado habia cerca, donde sin escrúpulo de conciencia podian ir á comer los que quisiesen. Así lo cuenta Cervantes, cuidándose de recomendar su buen servicio, su mucha plata labrada, la ropa limpia y la abundancia de agua de que estaba provisto, por lo que los mozos de mulas se holgaban de entrar en él á sus amos, no teniendo que bajar su ganado al rio, porque en grandes barreños dentro de casa bebian las cabalgaduras.

Si un curioso viajero, considerándose trasportado á principios del siglo XVII, viniera á nuestra ciudad en busca de aquella posada, cierto que la hallaria en el mismo ser que la dejó el autor de LA ILUSTRE FREGONA. Por fuera, á la entrada, aún veria el banco de piedra que hubo de servir de asiento á Lope cuando, al son de la guitarra cantando graciosos romances improvisados por su fácil y lindo ingenio, dirigió una noche en la calle el baile de los mozos y mozas de aquel meson é inmediatos. Todavía se encontrara las rejas á que se asomaron los huéspedes á oír las músicas de chirimias, arpa y vihuela, á cuyos acordes el hijo del corregidor encarecia sus ansias á Constancia, nueva Penélope que en figura de doncella le enamoraba. Y dentro, podria habitar, ó el cuarto bajo donde D. Diego de Carriazo y su amigo D. Juan de Avendaño tuvieron que parapetarse contra las lascivas asechanzas de la Argüello y la Gallega, maritornes que se les atrevieron con singular arrojo; ó la sala del piso alto en que cierta señora principal dió á luz secretamente á Constanza, fruto de un crimen de violencia, engañando al doctor la Fuente, médico el de más fama que habia en esta ciudad, quien,

consultado, juzgó caso grave de opilacion lo que era próximo alumbramiento.

Pero ; á qué cansaros más? La posada de la Sangre de Cristo subsiste, no temo afirmarlo, casi lo mismo que la describe Cervantes. Por ella pasaron los años sin lastimarla. Ni la piqueta ni la llana del alarife se han atrevido á tocar sus muros, resguardados tan solo con el inocente jalbegue que los dueños (\*) ó los inquilinos emplean de vez en cuando para remozar su aspecto ó disimular sus arrugas. Diríase al verla en tal estado, que algun genio protector la defiende de los estragos del tiempo por encerrar un gran tesoro.

Apuesto doble contra sencillo que ha adivinado usted cuál es este tesoro. En esa posada; único lugar de hospedaje que el manco ilustre menciona; antiguo albergue, cuyos rincones más recónditos conoce, cuyos servicios describe á la menuda, cuyos amos y criados retrata con las señas más minuciosas; en esa posada, segun la tradicion constante de cerca de tres siglos, se hospedaba Cervantes cuando venia á Toledo. Allí comia el pobre y escaso pan que compraba, si no iba á tomar racion en algun bodegon cercano! Allí, quizás en uno de los cuartos bajos, oscuro, húmedo y mal servido, trazó sobre el papel aquellos rasgos sublimes que le han conquistado y le conquistarán coronas sin cuento do quiera se hable la lengua castellana !!

(\*) Lo son hoy de por mitad mi amigo el Sr. D. Francisco Lopez de Ayala y Dusmet, hermano del conde de Cedillo, sucesor en esto del mayorazgo de Hernan Franco, y una capellanía que posee el presbítero capellan mozárabe Sr. D. Antonio Carrera.

Y cuando Sevilla recuerda la casa principal frontera al convento de Santa Paula, donde habitaron los padres de Isabela, heroína de la ESPAÑOLA INGLESA, otra de las buenas novelas ejemplares de Cervantes; cuando Valladolid señala la que ocupaba este célebre ingenio con su familia, al ser reducido á prision por la muerte del caballero navarro D. Gaspar de Ezpeleta; cuando en la pobre morada donde murió en Madrid, se colocó de real orden una inscripcion y su busto,— Toledo no tiene un simple recuerdo, ni una miserable lápida, para advertir á propios y extraños, á los naturales y á los extranjeros que nos visitan frecuentemente, que en la posada de la Sangre de Cristo, si no miente la tradicion y las conjeturas no engañan, vivió el que ahora brilla en las regiones de la inmortalidad.

Otra palabra, y concluyo.

Cuando *un desconocido*, hace algunos años, se dirigió á los alcaldes de varias capitales y pueblos, con el fin de que honrasen la memoria del ilustre escritor el dia del aniversario de su muerte, ocurrida el 23 de Abril de 1616, se olvida á Toledo en esta invitacion, cual si Toledo no tuviera tantos deberes como otras poblaciones á ser agradecida hácia aquel que se extremó en su alabanza.

Tiempo es ya de que se remedien uno y otro olvido, sin duda inculpables, y á ello podrán acaso contribuir estos renglones, por poco que se estimen. El hecho reciente de haberse consagrado uná memoria pública al capitán coplero Gerardo Lobo donde estuvieron sus casas, me hace esperar que tenga imitadores. Nuestro actual municipio puede empezar por abrir una informacion

histórica para la colocacion de la que acuerde á Cervantes en lugar conveniente: lo demás lo hará gustoso el clero, que tambien tiene deudas de gratitud con el soldado de Lepanto.

Por mi parte págole hoy, aunque en mala moneda, la que como toledano contraje en la cuna, á la vez que aprovecho la ocasion de rendir á usted un testimonio débil, pero sincero, de admiracion á sus talentos y de pequeña correspondencia á sus ricos presentes literarios é históricos.

Recibale usted con indulgencia, que bien la necesita en todo y por todo su obligado servidor y amigo  
q. b. s. m.,

A. M. G.



## POSTDATA.

---

De propósito he reservado para este limbo epistolar, rincón sin pena ni gloria en toda carta, el hablar á usted de cuatro especies, sobre las cuales nada encuentro en las obras del ingenio lego, si algo, y de algun interés, en las de sus biógrafos. Ninguna cabe dentro del cuadro que me propuse trazar, y por eso decido consagrarlas como un capítulo aparte.

### PRIMERA ESPECIE.

Hay á las afueras de Toledo, junto al puente de Alcántara, una fortaleza antigua, defensa de la ciudad hácia aquel punto y centinela avanzado de la célebre *via laminitana*, por donde en vano intentaron recobrarla á la restauracion almoravides y almohades.

Corre á sus piés el Tajo aprisionado entre las rocas, y su impetuoso curso se ve interrumpido por una presa, en la que existen de una parte escombros del artificio de Janello, y de otra unos molinos que llevan

el mismo nombre que la fortaleza, á la cual la tradición, de que se hizo eco Zorrilla, llama

castillo  
de San Servando ó CERVANTES,  
donde nunca nada se hizo,  
y nada al presente se hace.

La historia y la poesía, sin embargo, con la autoridad de las crónicas y por boca de Góngora y Calderon, protestan contra este juicio del poeta popular, en el supuesto de que el tal castillo, á la reconquista, pintó un gran papel, siendo *juex de apelaciones de mil católicos miedos* y lugar escondido de duelos y combates.

Encomendemos á otros la sabrosa tarea de decidir el pleito, y por lo que hace á nuestro asunto, extrañemos que el hidalgo de Alcalá no mencione siquiera un monumento al que van unidos, con su nombre, insignes recuerdos de su familia.

Navarrete, siguiendo á respetables genealogistas, afirma sin vacilar, que dicho escritor procede del héroe toledano Alfonso Munio Cervatos, progenitor de la rama de los Cervantes, apellido que dice tomó su segundo hijo Gonzalo para diferenciarse de su hermano Pedro Alfonso y en memoria del castillo de Toledo, á cuya edificación habia asistido su bisabuelo Adefonso Munio con D. Alfonso el VI en 1089. Denominábase entonces la fortaleza de *San Servando*, mártir español, á quien estuvo dedicado un monasterio que allí hubo; «cuyo nombre, añade, alterado y corrompido por la sucesion y rudeza de aquellos tiempos, vino á llamarse de *San Cervantes*, y de aquí tomó el apellido esta familia.»

Ya comprenderá usted que no es justo olvidar semejante rasgo biográfico, á que tal vez aludió Ayellaneda en el prólogo de su falso QUIJOTE, cuando al autor del verdadero le echó en cara que era *tan viejo como el castillo de San Cervantes*.

#### SEGUNDA ESPECIE.

Las buenas prendas de nuestro célebre ingenio le granjearon excelentes amigos, donde quiera que la suerte le condujo. Es, pues, indudable que los tendria en Toledo, y entre todas las clases de la sociedad, especialmente entre la militar y literaria á que perteneció por sus aficiones y su carrera. De algunos, hombres de letras, ya he apuntado lo que leo en sus libros, consignando ahora aquí por olvidado, que uno de los más entrañables y afectuosos hubo de ser el maestro José de Valdivielso, aprobante de la SEGUNDA PARTE DEL QUIJOTE, de las NOVELAS y COMEDIAS, del VIAJE AL PARNASO y del PERSILES; mas, al registrar esos mismos libros con diligente cuidado, no veo en ellos ningun recuerdo de los toledanos que compartieran con él las penalidades del servicio ó los reveses de la fortuna.

Desquitame en parte de este silencio la informacion que pretendió Cervantes se instruyera, apenas salido del cautiverio de Argel, para defenderse contra las malas artes del doctor Juan Blanco de Paz, que á tantos riesgos expuso su vida, y juró sacrificar su fama despues de rescatado. En esa informacion se presenta como segundo testigo el alférez *Diego Castellano*, natural de Toledo, cautivo como él en aquella tierra, quien acusa su trato desde el año 1570, cuando ambos servian

en el ejército de Italia, antes de ser apresada por los turcos la galera el Sol, y confiesa á lo demás hechos que revelan la intimidad en que vivian.

Hé aquí un toledano cuyo nombre le tendré yo siempre en la memoria. Desconozco su hoja de servicios como militar; no sé qué méritos le abonen, qué heridas honraran su pecho; pero fué amigo de Cervantes, participó de su misma suerte, se le mantuvo fiel en la adversidad, le ayudó á rechazar ante el mundo las calumnias de un mal español, y esto basta.

#### TERCERA ESPECIE.

Las puertas del palacio arzobispal de Toledo han estado siempre francas para los pobres, y honra, y muy grande, es de nuestros primados haber abierto sus manos generosas en todos tiempos á los talentos desvalidos. Janello Turriano, el famoso relojero de Carlos V, encontró en la cocina del cardenal Quiroga racion diaria con que remediar sus desventuras. Espinel y Cervantes debieron tambien á la inagotable liberalidad de Don Bernardo Sandoval y Rojas *un tanto cada dia para pasar su vejez con menos incomodidad*, como escribe Alonso de Salas Barbadillo en la dedicatoria de la ESTAFETA DEL DIOS MOMO.

«Vívame la suma caridad del ilustrísimo de Toledo, y siquiera no haya emprentas en el mundo, y siquiera se impriman contra mi mas libros que tienen letras las coplas de Mingo Revulgo.» Así exclamaba el agradecido autor del QUIOTE cuando más le perseguia la calumnia. ¡Tanto y tan grande era el favor que recibiera del arzobispo de la Primada!

Y ¿en qué consistia este favor? ¿cuál era la merced dispensada? Completo silencio hasta ahora. Calla respecto de un punto tan capital el mismo Cervantes; callan sus biógrafos; callan los del ilustre purpurado.

El licenciado Pedro de Herrera, uno de estos y el que más encomió las virtudes y la generosidad de Don Bernardo en la introduccion á sus FIESTAS DEL SAGRARIO, obra publicada un año despues de la muerte de Cervantes, sólo dice: «Tiene la diocesis veinte y un lugares »cabezas de partidos o Arciprestazgos; en cada uno ha »señalado treze pobres, siete varones y seys mugeres, »con un real y un pan de racion cada dia; anteponiendo »para esto las personas nobles y que se vieron con ha- »zienda. De más de los que tocan á Alcalá se alimen- »tan ocho estudiantes virtuosos y necesitados: y no por »las nuevas distribuciones se falta á las limosnas gene- »rales y particulares, ansi de repartimiento en dinero, »como de pan en grano á monasterios pobres por assien- »to de todos los años y á otras comunidades y perso- »nas, segun se ha hecho en tiempo de los Prelados sus »antecesores.»

¿Si el militar valiente, el escritor sin segundo, seria uno de los nobles socorridos *con un real y un pan de racion cada dia* en Esquivias, lugar donde residia de ordinario? ¿Si constaria su nombre en la nómina de los que recibian en dinero ó en grano los socorros que dispensaba nuestro Arzobispo anualmente á personas particulares?

No lo sabemos, y confieso á usted que he trabajado mucho, aunque sin fortuna, para averiguarlo.

Abrigo, no obstante, cierto género de confianza en

que el mejor día ha de venir á mis manos ó á las de algun curioso, el *asiento de todos los años* que se llevaba por la mayordomía de aquél príncipe de nuestra Iglesia.

#### CUARTA Y ÚLTIMA ESPECIE.

Sospecho en el fondo de este escrito si el vecino de Esquivias asistiría al certámen poético que convocó y pagó el cabildo primado para solemnizar las fiestas de la traslacion del cuerpo de Santa Leocadia. Tambien digo que las composiciones presentadas se conservan, y ahora debo añadir que las publicó el ya citado jesuita Miguel Hernandez, (al final de su obra titulada *TRASLACION DE LA GLORIOSA VIRGEN Y MÁRTIR...*, impresa en Toledo, casa de Pedro Rodriguez, 1591, no mencionada por Nicolás Antonio), sin cuidarse de poner los nombres de los poetas, ni revelarnos cuáles fueran premiadas, aunque parece verosímil que el premio le adjudicase el jurado á las primeras insertas en aquel libro.

Mi sospecha se funda en el sabor cervantesco de alguna de estas últimas composiciones, cuyo génio, estilo y frase consonan grandemente con las obras reconocidas del manco de Lepanto, que no sufrieron el contratiempo de andar por ahí descarriadas y quizá sin el nombre de su dueño, como otras muchas, segun decia el mismo.

Pero esto no es suficiente para atribuírselas, y queriendo apurar la materia, busqué el expediente original del certámen, que, hallado, hubiera desvanecido mis dudas, contribuyendo al propio tiempo, si no á rescatar del olvido alguna obra de Cervantes, á bautizar

el cancionero anónimo del P. Hernandez con los nombres de muchos poetas acaso desconocidos. Desgraciadamente mis diligencias, secundadas por el ilustrado celo de D. Tomás Fernandez Cruz, secretario del Cabildo, no produgeron resultado alguno. El certámen original no existe, ó nosotros no le hemos encontrado.

Solamente hallamos en los *Capítulos que mandó el Cabildo al Illmo. Cardenal de Toledo á Madrid con el Maestro Joan Bautista Perez, Canónigo y Obrero*, sobre lo que pensaba hacerse en las indicadas fiestas, uno donde dice. «Que se ponga edicto con premios para poetas »latinos y castellanos que celebren la entrada (de las »santas reliquias), y que se suplique al Illmo. se pague »de la Obra la costa de los premios, que será hasta cien »ducados para quien mejor letra hiçiere.»—Al márgen respuesta de S. I.:—«Que se paguen de la Obra estos »cien ducados.»—Debajo en otra clase de letra y tinta »hiçose.» Este acuerdo quizás sufrió despues alguna enmienda, pues en cabildo reunido el 13 de Mayo de 1587 se cometió «á los señores Maestre-escuela y »Maestro Joan Bautista Perez den lo que les pareciere »de premios á los que han hecho las letras en la entrada »de Santa Leocadia;» si no es que se refiera á las que cantaron los niños de las escuelas en la procesion, y que en los expresados capítulos estaba prevenido fuesen «de las que parecieren mejores de las hechas en los »premios.»

De todos modos, constando el importe de estos, ignoramos hasta hoy quién ó quiénes los recibirian; si seria uno de ellos Cervantes, y los nombres de los demás que los disputaran, aunque hay asomos de que

andaviese en medio de la cohorte poética cierto jesuita celeberrimo en la historia de Toledo, y aun en la de España, cuyas puras fuentes tanto contribuyó á encenagar con los falsos cricones que se le atribuyen.

En los capitulos de las fiestas, á que aludí antes, se lee un particular de este tenor: «Parece se comuniquen con S.<sup>a</sup> Illma. qué dia de la octava y endónde se podrá representar la *tragedia de Sta. Leocadia que tiene hecha el padre Higuera de la Compañía de Jhesús*, porque el dia de la entrada no haurá lugar, y parece que si la entrega (de las reliquias) a de ser el dia siguiente por la mañana, la tragedia se haga á la tarde ó un dia de fiesta de la octava.»—Al márgen responde S. I.:—«No se ha de haçer tragedia por ahora.»

Tampoco sé yo si se hizo despues, en algun tiempo, como no sabia hasta aqui que el autor, sin duda el Padre Roman de la Higuera, afamado jesuita y escritor de aquel tiempo, habia sido poeta y poeta trágico.

Esta noticia, que recomiendo al erudito y concienzudo señor de la Barrera para nuevas ediciones de su apreciable CATÁLOGO DEL TEATRO ANTIGUO, donde no figura el P. Higuera, me mueve á presumir que el mismo acudiria al certámen á probar fortuna y lucir su estro, ya que no pudo lograr entonces que se representase la tragedia de Santa Leocadia.

---

Basta de Cervantes.

Y para que usted, con licor distinto si no bueno, limpie la saburra que le deje en los labios esta carta, allá va adjunto un articulejo literario, histórico y filológico,

sobre cierta palabrilla vecina al colofon del Diccionario.

No tiene otro mérito á mis ojos, aunque soy padre y el amor de tal debiera ponerme una venda para no ver sus faltas, que el haberle motivado mi distinguido amigo D. Manuel Cañete; el estar dedicado á este insigne critico, y el haberse dignado el mismo leerle, con la maestría y gracia que todos admiramos, ante la ilustre Academia Española, que le acogió, en sesion no muy lejana, con extraordinaria benevolencia.

En el glosario, *declaracion de los vocablos oscuros ó de uso poco frecuente*, que subsigue á las FARSAS Y ÉGLOGAS AL MODO Y ESTILO PASTORIL Y CASTELLANO del salmantino Lúcas Fernandez, recordará usted haber visto este párrafo:

**ZOIZO. Suizo? De á caballo? Recluta?**

Y ¿se ha contestado usted á tales interrogaciones? Yo he pretendido hacerlo, y hé aqui el objeto del articulo.

No presumo poder decir *omne tuli punctum* en la materia. Ella es grave, y conozco bastante mi pequeñez, para no remedar á Ícaro.

Anímanme, sin embargo, á comunicar á usted mi obrilla la estremada bondad con que la acogió el señor Cañete, autor del párrafo dubitativo, y la alta distincion con que he llegado á entender la favoreció aquel respetabilísimo Cuerpo, acordando que pasase á la comision de revision del Diccionario, para que aproveche mis ideas al retocar la definicion de «Zuiza», y á la de Memorias, á fin de que manifieste si, supuesto mi beneplácito, debe imprimirse y figurar entre las de la Academia.

Son dos honras ni buscadas ni merecidas ciertamente, pero que me llenan de orgullo; manjar sabroso preparado por las manos del favor y la amistad, que obliga mi gratitud, y estimula mi apetito, sin hinchar mi estómago.

En España, donde las letras ni siquiera son oficio, y podemos exclamar á boca llena con Camoens,

*¡ouro é prata, qu'esta vida  
naon sustentan papeis, naon!*

quien las profesa con aprecio de los sábios y de las corporaciones científicas, tiene ya recibido el premio á que le es dado aspirar únicamente.

Yo me consideraré, pues, del todo en todo satisfecho, si despues de haber obtenido tan lisonjeros estímulos, alcanzo de usted, amigo mio, que sancione ó enmiende con su fina crítica este mi pobre trabajo.—G.

**UNA ZUIZA EN EL SIGLO XVI.**



# UNA ZUIZA EN EL SIGLO XVI.

(Al insigne crítico español D. Manuel Cañete.)

## I.

Quiero suponer, con perdon de mis lectores, que muchos de ellos no saben lo que sea una *zuiza*.

Esta suposicion á nadie ofende, puesto que dos terceras partes de los españoles ignoramos las tres quintas —y me quedo corto,—del caudal de voces que atesora la riquísima habla castellana.

Triste verdad, que no por serlo debe sonrojarnos, porque al igual sucede á todas las naciones del mundo.

Son las lenguas el oro menudo del avaro, que se adquiere á mucha costa; se guarda bajo siete estados de tierra, y no reluce de una vez sino á los ojos deslumbrados del dueño, quando en el aposento más recóndito se goza en apilarle.

A bien que para los apuros casi todos los pueblos poseen un registro de su riqueza lingüística, á que llaman *Diccionario*, curiosa invencion de no sé qué tiempos, merced á la cual puede pasarse revista prontamente á cualquier vocablo que forme en las filas de un idioma.

Ábrase, pues, el Diccionario de nuestra Academia por cerca de la *Fé de erratas*; búsquese en él aquella palabrilla, y veremos si salimos de dudas.

ZUIZA, *f.* (nombre femenino) *met.* (tomado metafóricamente, significa) *Contienda, riña, pendencia y alboroto entre varios, en que ordinariamente intervienen armas y daño de los que riñen.*

Desde luego es de presumir que, suprimiendo lo de *intervenir daño*, en lo demás se dará el lector por satisfecho, si no pasa adelante y lee: ZUIZON, *m.* (masculino) *chuzo.*

Esto ha de abrirle el ojo, y hacerle exclamar para sus adentros: Ahora caigo en que zuiza vale tanto como lucha donde median ó intervienen chuzos.

Y si despues oye á Quevedo decir:

Las zuizas de una junta  
En pareceres le aguarda;  
Unos le atraviesan dudas,  
Otros textos y demandas.

puede que se le antoje al que lea preguntar: ¿Cuál es el sentido *metafórico* de la palabra, el que le atribuye la Academia, ó el que le regala el romance satírico?

Pero aplace para mejor ocasion la respuesta, y hojée antes alguno de los muchos Diccionarios que verá en las librerías de los curiosos.

Yo le ofrezco uno, de cuyo autor nada le importa saber, y en cuyas páginas se encuentran estas dos definiciones.

ZUIZA, *f.* *Soldadesca festiva de los lugares armada con zuixones.* || *met. Pendencia y alboroto entre muchos.*

Ya pareció aquello.

La Academia y Quevedo marchan juntos, al mismo compás, por el camino de las metáforas. La una y el otro definen el tropo gramatical, sin penetrar la significacion genuina del vocablo.

El anónimo que yo cito, sienta el paso con más firmeza sobre el terreno. Nos habla de milicias locales destinadas á distraer á los pueblos en ciertas fiestas con el *juego del chuzo*, que acaso reemplazó despues de la edad media á las cañas de los árabes ó á las lanzas de los antiguos caballeros, si originariamente no nos vino de *extranjis*.

Sea lo que quiera, todavía la definicion del sentido propio deja mucho que desear.

¿Cómo se apellidaba al milite que formaba esa *soldadesca festiva*? ¿Era ginete ó infante? ¿Qué uniforme llevaba? ¿Servia por su voluntad ó forzosamente?

Hé aquí cuatro preguntitas capaces de sacar los colores á la cara de cualquier académico.

Covarrubias, estableciendo sinonimia entre el zuizon y la alabarda, afirma que en lo antiguo *se dijo chuzones ó zuizones de los zuizos*.

Buena autoridad para dar este nombre á los alabarderos.

En cierta FARSA ó CUASICOMEDIA de Lucas Fernandez, publicada recientemente con todas las del autor y sabias ilustraciones del eminente critico Sr. Cañete, figura un soldado baladron, no de burlas sino de veras, veterano, no visoño, que por amores riñe con el pastor Pascual, y á quien el poeta, para distinguir la clase á que pertenece, le llama *ó zoizo ó infante*, si no me equivoco, aludiendo claramente á la infantería de su siglo.

Luego, en tal supuesto, el soldado festivo pudo llamarse *zuizo ó zoizo*, y la *zuiza* ó *soldadesca* quizás la formarían gentes de á pié y no de á caballo.

En cuanto al uniforme y las armas, si cabe juzgar por el que viste y las que lleva el soldado de la farsa de Fernandez, eran estas una alabarda, una espada y un cuchillo, y aquel le componían un peto, una cruz y una gorra, con lo cual se resguardaba la parte superior del cuerpo, andando la inferior ó sean

las ñalgas descubiertas,  
destapadas  
..... en guis como mona,  
por traer más aliviadas  
descansadas  
las carnes cualquier persona.

A las armas que menciona el poeta salmantino, no debe haber reparo en agregar también, tiempos andando, el arcabuz, instrumento de guerra no generalizado en los suyos. El cronista régio Ambrosio de Morales, describiendo el solemne triunfo con que fueron recibidas las santas reliquias de los gloriosos mártires San Justo y Pástor en Alcalá el año 1568, dice que salieron á su encuentro cuatro *suizas*: una en Sigüenza, «de trescientos soldados, muy en orden todos, y al llegar hizo gran salva de arcabucería»; otra en Hita, «de hartos soldados bien aderezados»; otra en Meco, «cuya villa había proveído que hubiese una muy buena; haciendo su primera muestra los soldados con su capitán en salir á recibir la procesion de la Cofradía (de los mártires) á la vuelta, con gran salva de arcabucería,» y al acercarse aquella á Alcalá, en el prado que llaman de Es-

garavita á media legua de la poblacion, «iba la cuarta delante della con quatrocientos soldados muy bellamente aderezados, y llevaban seis atambores y dos pí-faros, y gran número de arcabuceros, que á todos tiempos convenientes hacian muy grandes salvas.»

Ultimamente, no sé cómo estaria organizada la *zuiza* ó fuerza popular de que hablo; mas hay barruntos de que fuese algun tanto obligatorio su servicio.

Esta es una simple opinion mia, que merece apoyarse con ejemplos históricos, y tengo á la mano uno, sacado del pozo inagotable de la historia de Toledo, que me viene de molde para aclarar el asunto.

## II.

Recordemos antes algunos pormenores.

A la época de la reconquista, la ciudad de Alfonso el VI, amenazada dentro y fuera por los enemigos de su fé, era una verdadera plaza fuerte.

Todo vecino, ya fuese mozárabe, ya castellano ó franco, tenia armas para defender su hogar y el muro.

Los fueros le concedian tambien derecho para tener caballo, si habia medios para adquirirlo.

Fué siempre la caballeria en España señal de nobleza, y los toledanos se declaraban nobles cada y cuando podian serlo.

*Doles libertad* (á los mozárabes), decia su fuero par-

ricular, *que si alguno fuere entrellos de pie ET QUISIERE ET QUIERE PODER que sea caballero.*

El fuero general se explicaba así: *Qualquier daquellos que quiera cavalgar, en qualquier tiempo cavalgue y éntre en las costumbres de los cavalleros.*

Y como para sancionar que en esto no mediaba premia ni compromiso de ninguna especie, el fuero de los francos dispuso: *quod nullus caualquez pro foro* (por fuerza ú obligacion) *nisi ex sua uoluntate caualgare uoluerit.*

Todos los vecinos eran, pues, soldados voluntarios, y podían pasar de la clase de peones á la de ginetes, esto es, á la de los caballeros, con sólo quererlo ser.

¡Grande privilegio, que en vano se buscará más ámplio, más liberal en ninguna behetría!

A su sombra fué formándose poco á poco en Toledo una milicia local imponente y respetable, la cuál, conducida por capitanes expertos, recogió larga cosecha de laureles en los campos de Calatrava, del Puerto del Muradal, de Granada y Sevilla.

Acabó un día nuestra santa cruzada contra los moros, y esa milicia no se deshizo.

Sus principes, sus cabos y sus alféreces continuaron egerciendo el mando, como los soldados continuaban egercitando la obediencia.

Estos y aquellos formaban en tiempos de paz la *comunidad toledana*, aquella terrible reunion de gentes de guerra, que se mueve y agita en los reinados turbulentos de los Alfonsos y los Sanchos, de los Pedros y los Enriques; que sostiene parcialidades enconadas en algunas minorías; que libra batallas dentro de la ciudad para entregar la gobernacion del Estado á un rey Niño;

que desconcierta al poderoso valido D. Alvaro de Luna; que impone al gran político Cisneros; y asusta al vencedor de Pavia y Cerignola, y se muestra valerosa y pujante en Torrelobaton y Ampudia, antes de rendir su postrer aliento en Villalar.

Mucho hacía, sin embargo, que esta milicia caminaba á la desbandada, en abierto ó disimulado divorcio con sus jefes.

Un prudente repúblico y esclarecido poeta se lamentaba ya á fines del siglo XV, satirizando contra el mal gobierno de Toledo, de que

las huestes sin capitanes  
nunca son bien gobernadas,

y aun añadía, que

hombres de armas sin ginetes  
hacen perezosa guerra,

queriendo así acusar por el olvido de sus deberes al príncipe y alféreces de la milicia toledana, y por su dejadez y abandono á la nobleza de aquellos días.

¡Qué no hubiera dicho nuestro primer corregidor, el buen D. Gomez Manrique, á haber alcanzado los de Felipe II, cuando las armas eran un adorno del traje, mera prenda suntuaria, ó un juguete de entretenimiento y diversion para los toledanos!

A tal grado de postracion llegaron entonces las cosas, que de la antigua milicia solamente conservaban recuerdos, y recuerdos bastante tibios, los gremios, la gente plebeya.

Los bandos de los Laras y Castros, de los Silvas y Ayalas, los Barrosos, Pachecos y Palomeques, habian

consumido en la hoguera de sus rencillas y sus odios el fuego patrio que animaba á nuestros primitivos ricos hombres.

En esa hoguera se fundió el *princeps toletanæ militiæ*, á cuyo cargo estaba aneja desde el famoso Rodrigo Diaz de Vivar la alcaidia de los reales alcázares, puertas y puentes de Toledo, y el alferez mayor de sus tropas; saliendo convertidos estos dos jefes militares en regidores perpetuos de la ciudad, al llevarse á cabo las reformas de nuestro municipio á principios del siglo XV.

Los marqueses de Montemayor y los condes de Torrejon, en quienes vincularon aquellas dignidades, cambiaron el estoque por la vara, la compañía por el cabildo, los encuentros gloriosos cuanto patrióticos de las lides por las ardientes pero oscuras é interesadas contiendas del foro.

Así mostraron tan poco aprecio de la carta que los reyes Católicos escribieron al ayuntamiento desde Segovia, su data á 28 de Julio de 1494, recomendándole que *se hicieran frecuentes alardes de caballos, para que no se olvidase la milicia*.

Cuando Cisneros intenta tambien reorganizarla y que haga ejercicios los dias de fiesta, con el fin de que se adiestre en el manejo de las armas, que mantenian en perpetuo ocio las ciudades, Toledo es de las primeras que se resisten á obedecer, hasta que alcanza la suspension del mandato.

Años adelante, el mismo Felipe II pregona una recluta, halagando con seductoras exenciones á los que se alistén bajo sus banderas; pero aquello fué, y no más, una leva para crear egércitos de reserva perma-

nente «sin tanto tropel de atambores, como se solia hacer, á cuya causa en mandándose alistar gente, luego era sabido en las tierras del Turco», segun declaraba el pregon.

Esto es :

Aquello fué ir acopiando materiales con destino á la formidable armada que, poco despues, levantaria hasta las nubes el pabellon español en el golfo de Lepanto.

La fuerza popular no daba señales de vida por estos tiempos.

Baste saber, que uno de los privilegios concedidos á la recluta era que pudiese el alistado *ordinariamente traer de noche y de dia sus armas ofensivas y defensivas*, las cuales le daría la ciudad con municion y todo lo demás necesario para hacer alardes.

La milicia antigua, ó se habia disuelto, ó no podia *ordinariamente* traer armas:

Si la quereis ver con ellas, aunque muy disfrazada, buscadla al lado de las danzas de las cofradías, de los festejos y procesiones de las parroquias, ó de los solaces de los gremios de artes y oficios.

Allí está la *soldadesca festiva armada de zuizones* ó alabardas, cuándo no de arcabuces, para divertir á las gentes.

El *zuizo* hecho un histrion.

La *zuiza* convertida en compañía de *saltibanquis*.

Y es lo peor del caso, que se cumple el servicio, como carga real ó concegil, por obligacion; y se le pone de frente, en competencia, una caballería privilegiada, á cuyas filas no puede pertenecer el pueblo, aunque quiera.

Las franquicias y los privilegios forales se abrogaron con el desuso, y en su lugar levantó la costumbre un derecho moderno, que hasta ahora no está escrito.

¿Dónde consta ese derecho?

Vais á saberlo muy pronto.

### III.

Toledo se hizo un ascua de oro hácia el mes de Febrero de 1560, para solemnizar las bodas del hijo de Carlos de Gante con Isabel de Valois, la hija del cristianísimo rey de Francia Enrique II.

El recibimiento que preparó la ciudad imperial á la reina, rayó en extremos de locura.

Las clases todas á porfía la obsequiaron, echando, como dice el vulgo, la casa por la ventana.

Arcos triunfales en distintos puntos de la poblacion; fuentes artificiales de agua y de vino en algunas plazas; colgaduras de seda y brocados en los balcones; torneos en palacio y en la vega; é iluminaciones y músicas y danzas por todas partes, fueron en compendiado resumen las fiestas que á la sazón presenció sorprendida y regocijada la corte.

Hubo al propio tiempo otra que exige mencion especial.

Detrás de vistosas danzas, salió á recibir á la regia desposada una capitania de niños vestidos de calzas,

jubones y cueras, unos con arcabuces pequeños, otros con azagayas por picas. Llevaban su capitán, su alférez y dos atambores de librea.

Era esta como la vanguardia de la zuiza, llamada á representar el principal papel en la fiesta.

Componíanla seis banderas de soldados, formadas con los oficios de esta ciudad, á las que se unieron otras dos de gente de Sonseca y Camarena.

Delante, á la cabeza de todos, tremolaban la primer bandera los *boneteros*, por ser más numerosos y su arte muy señalada entre las demás.

Llevaban la segunda los *sastres*, *calceteros*, *jubeteros* y *roperos*, riquísimamente ataviados, sobre todo los *sastres*.

Seguíanles los *carpinteros*, *albañiles* y *yeseros* con la tercer bandera.

Regían la cuarta los *armeros*, *espaderos*, *malleros*, *esmoladores de espadas* (sic) y todos los oficios tocantes á las armas.

Alrededor de la quinta se agrupaban los *zapateros*, *chapineros*, *agujeteros*, *zurradores* y *oficiales de cuero*.

Por último, en la sexta iban los *arcabuceros*, *pique-ros*, *herreros*, *caldereros*, *cerrajeros* y *latoneros*.

Todas juntas, con las dos de los lugares, dicen que compondrían un ejército de seis mil soldados.

¡Respetable cifra, que levanta muy alto la importancia de nuestra clase media en el siglo XVI, al par que pone al descubierto el admirable orden, el tino y la cordura con que se sabían asimilar, por analogías naturales, los diferentes oficios asociados bajo las respectivas banderas!

No presidia sin duda igual prudencia para otras cosas.

Una interesante descripción de la fiesta, escrita por un testigo ocular, raro manuscrito de que saco estas noticias, dice al propósito:

«Salieron como dicho es todos á una mano tan bien »aderezados de jubones, y calzas, y cueras, y gorras, »y penachos, y cadenas de oro, que todos gastaron »para esto sobre si grandíssima suma de dineros, mas »principalmente en esto se señalaron los capitanes y »alferez y los otros que tenían algun cargo, que saca- »ron tales atavios de sedas y oros y brocados, y bor- »dados y recamados y chapados, que fué cosa de ver, »y aun de reprender, porque algunos se empeñarían para »tener bien que pagar despues; aunque para capitanes eli- »gieron los mas ricos y que mejor lo podían hacer.»

Sin echar en saco roto la lección moral que tan al pelo encajona nuestro autor, anótese en hoja suelta lo de la elección de jefes hecha por los oficios entre los más ricos de cada clase, y vamos andando.

«Salieron para escaramuzar con esta gente de pié »hasta 102 de caballo en ocho cuadrillas, todos á la »gineta muy ricamente vestidos, cada cuadrilla de sus »colores de sedas, y brocados, y bordados, y recama- »dos, con sus lanzas y adargas, de que era capitán el »Marqués de Falces y Conde de Santisteban, Corregidor »de Toledo, que en todas estas fiestas trabajó mucho; »y todo esto andava viendo y mirando el Rey nuestro »Señor disfrazado con otros caballeros, segun dicen, »porque yo no le vi, y así es de creer, porque no era »cosa de dexar de ver, y era grandísimo favor que S. »Magestad daba á esta ciudad y á su fiesta.»

La poderosa caballería toledana reducida á *ciento dos ginetes*.

Príncipe de esta caballería el corregidor de Toledo, magistrado elegido por la corona.

¡Cuánto han variado los tiempos!

Sigamos.

»Llegó la Reyna nuestra Señora á la venta de Lá-  
 »zaro-Buey, adonde se apeó de una litera en que ve-  
 »nia, y subió en una acanea blanca. Venia vestida á la  
 »española de una saya de tela de plata con infinita pe-  
 »drería y perlería, y un chapeo de copa algo alta de lo  
 »mismo. Venia muy alegre riyendo, y hablando con  
 »el cardenal de Burgos (*D. Francisco de Mendoza y de*  
 »*Bobadilla, que la casó*), y con el Almirante, y conde  
 »de Benavente y otros caballeros que con ella venian  
 »riquísimamente ataviados, y así llegó á la Vega, yen-  
 »do delante las danzas bailando hasta donde estaban los  
 »carros triunfales y las otras danzas é invenciones su-  
 »sodichas, y allí le cantaron, y danzaron, y pasando  
 »adelante estaban los soldados hechos un esquadron, y  
 »entonces salieron los de caballo, que estaban en un  
 »requesfo hasta Santa Susaña, y arremetieron á los  
 »soldados de dos en dos, y dieron la vuelta al rededor  
 »dellos, y escaramuzaron un rato, y los arcabuzeros  
 »dispararon reciamente todo el tiempo que S. Magestad  
 »llegaba; y echa la escaramuza, los de caballo se vi-  
 »nieron á la ciudad, porque era el corregidor y muchos  
 »regidores y jurados que habian de salir á besar la  
 »mano á S. Magestad y recibirla á la puerta, y los sol-  
 »dados se quedaron en el campo, y despues entraron  
 »en buena ordenanza.»

A nada más que á esto se redujo la *zuiza*.

¡Tanta seda, tanto oro y argenteria, y armas y caballos, y ruido y estrépito, para una simple escaramuza en las eras!

No faltará quien aplauda el gasto por el gusto.....

Como no ha de faltar tampoco quien condene las poéticas costumbres de aquel siglo, enamorado de las prosáicas del nuestro.

Allá van las opiniones donde las lleva el viento del favor ó el capricho.

No pretendo por ende fijar la veleta del sentir ajeno.

Bueno será, con todo, que antes de cerrar el manuscrito apuntemos, que en él se describe, entre los demás obsequios públicos que se hicieron á la reina Isabel, «un cadahalso con una figura grande de Lucrecia Romana como se metia el cuchillo por los pechos, »la qual figura hicieron (en las Cuatro Calles) los plateros á su costa, porque por su arte *fueron relevados de no salir en zuiza*, y por lo mismo y por sus artes fueron *relevados y excusados de salir en zuiza* los canteros y pintores y entalladores y escultores, *porque así expresamente lo mandó S. Magestad.*»

Hay más todavía.

«A la entrada de Zocodover estaba hecho un arco »triumfal muy grande y suntuoso y muy graciosamente »y con muy buen arte hecho, el qual hicieron á su »costa los tejedores de seda y los otros oficiales della, »en que creo que tambien contribuyeron los del Alcana y guarnicioneros de seda, *por no salir en zuiza como los otros oficios.*»

La soldadesca festiva no era por lo visto del agrado de algunos, los más distinguidos y elevados, quienes veían en ella una humillante carga real ó municipal, cuando no perdonaban sacrificios para excusarla, y acudían al rey solicitando que *expresamente* mandara relevarles.

#### IV.

Tal vez por esta causa la diversion no se repite frecuentemente, y el código consuetudinario queda al fin abolido.

Los toledanos jamás vuelven á armarse en gremios, si se exceptúa el de la seda, que con sus veintisiete ricas y completas armaduras de bruñido acero, con sus largas picas y sendas espadas de fino temple, custodia todos los años el Santo Entierro en la procesion del Viernes Santo, regido por un maese de campo, un sargento y un *morrillel*, jefes formados entre los demás á conveniente distancia.

En varios pueblos aún se fingen luchas de moros y cristianos los días del *Corpus* ó de los patronos titulares, y hay juegos de lanzas y espadas, y petardos y tiros, que remedan las escaramuzas de la zuiza.

Las remedan, no las mantienen.

La zuiza ha muerto, y hasta su nombre está anticuado, por más que lo callen los diccionarios de la lengua.

Bien pudiera, en vista de todo, cuando le llegue el turno á la palabra, hacérseles hablar de esta ó parecida forma:

**ZUIZA ó SUIZA, ZAS.** *f. ant.* ETIM. *Diversión militar, ludus militaris*, recuerdo de las costumbres caballerescas de la edad media, ó imitación de simulacros y prácticas poco conocidas de los ejércitos suizos, á que acaso deba el nombre. PROP. Soldadesca festiva de á pié, armada y vestida á semejanza de los antiguos tercios de infantería, que organizaban las justicias de los pueblos por recluta forzosa de la gente de artes y oficios, la cual elegía sus jefes, con el objeto de que alardease militarmente en ciertas funciones, para mayor solemnidad, regocijo público ú obsequio á las personas reales. MET. Contienda, riña y alboroto entre dos bandos. || Disputas en juntas, grados y certámenes.— Solamente se ve usado el plural en este sentido, empleándose para los otros el singular, de ordinario como régimen indirecto, aunque no excluye el directo: *las zuizas de una junta, salir en zuiza, la zuiza de un pueblo, etc.* DERIVADOS. Se dijo ZUIZO ó ZOIZO del que sale en zuiza, alguna vez también de todo infante, y ZUIZON, ZUIZONES ó CHUZONES de las armas que llevaba, y solían ser, entre otras como el arcabuz, un chuzo, alabarda ó pica. HIST. Fueron muy notables las zuizas formadas en varios pueblos con motivo de la traslación á Alcalá de Henares en el año 1568 de las reliquias de los gloriosos mártires San Justo y Pástor, y la que armó Toledo para festejar el recibimiento y las bodas de la mal maridada reina Isabel de la Paz con Felipe II. AUTORIDADES. *Lúcas Fernandez, Ambrosio de Morales, Quevedo, Covarrubias, la Academia Española, varios Vocabularios y un curioso MS. del siglo XVI, quizás de Sebastian de Horozco, conservado por Palomares é ilustrado por*

ANTONIO MARTIN GAMERO.



Copia digital realizada por el  
Archivo Municipal de Toledo



TOLEDO.—IMPRESA DE FANDO É HIJO.